

Graciliano Afonso, un prerromántico español

Por Alfonso ARMAS AYALA

V. EL BUCÓLICO POETA

Prerromanticismo

La obra de Afonso tiene variedad y amplitud. Pasa de la bucólica a la sátira, abunda la poesía y no son despreciables sus escasas muestras de prosista. Del griego, del latín, del francés, del inglés y del italiano hay traducciones suyas. Excepto unas pocas y muy raras ediciones, su producción literaria casi puede calificarse hoy de inédita; solamente algún bibliógrafo, como don Marcelino Menéndez y Pelayo, había dado cuenta de ella, de una manera incompleta, hasta la aparición del ensayo de bibliografía de don Agustín Millares Carlo.¹ Hecha la mayoría de sus composiciones en los treinta y cinco últimos años de su vida, su obra, cronológicamente encuadrable en el romanticismo más avanzado (1825-1855), no ofrece unidad temática. Hay en él características del romanticismo español, pero es el término medio del prerromanticismo de 1790 la nota más señalada de su obra. El liberal parece guiado por un justo medio aparentemente nada compatible con su carácter. Comportándose como lo hubiese podido hacer

¹ AGUSTÍN MILLARES CARLO, *Ensayo de una bio-bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias*, Madrid, 1932.

Meléndez en 1840, Graciliano Afonso, sin desconocer a Milton y a Byron, sin ocultar la influencia de Rivas o de Quintana, puede sentarse en los verjeles del bucolismo más dieciochesco. Cuando se podía esperar de su lira el brío de un poeta civil, ofrece la suavidad quejumbrosa y pastoril; aquel entusiasmo mostrado en su silla de coro hasta los últimos años de su vida, cuando defendía el Patronato Real, parece templarse con la mansedumbre del caramillo.² La persistencia que tuvo en la poesía del Doctoral el anacreontismo valdesiano sin duda alguna es un material estimable para completar el estudio poético de Meléndez, cronológicamente el primero de nuestros románticos. No dejó don Graciliano de ensayar todo lo nuevo que el romanticismo le iba mostrando: el verso libre, el énfasis, el subjetivismo, el lirismo desbordador, la influencia bíblica, la vuelta a la naturaleza, el primitivismo, se encontrarán en su obra. Sin embargo, la calidad del poeta se supera cuando bucoliza, en un juego incesante, el mundo de las realidades inmediatas. Se diría que, con más sinceridad, el poeta sabe hacer vibrar mejor las cuerdas de su lira al moverse en el mundo pastoril; así son sus resultados. Capaz de adentrarse en la ficción pastoril, no muestra menos acierto cuando se atreve, como Meléndez, a reflexionar, con más o menos extensión, sobre la moral, sobre los sentimientos, sobre su propia personalidad, ese redescubrimiento del mundo romántico.³

Moreau, que con tanta extensión y cuidado ha estudiado el problema del clasicismo en el romanticismo francés, señala este fenómeno como exclusivo de los finales del siglo XVIII; son pocos los escritores franceses que sobrepasan los veinte primeros años del XIX y continúan con este clasicismo retrasado. «Le premier romantisme, celui du dix-huitième siècle —dice Moreau—, demeure suspendu entre la nostalgie des classiques et la curiosité

² El bucolismo de Afonso será una constante a lo largo de la obra del Doctoral. Aun cuando ya el laúd romántico había sustituido al caramillo eglógico.

³ Esta aparente adhesión de Afonso por lo romántico era más ficticia que real. Ya veremos en capítulos sucesivos cómo el poeta tuvo —y mucho— una manifestación prerromántica acusada. Si dijésemos que el Canónigo fue más romántico que el poeta, definiríamos mejor al hombre.

des nouveautés, entre la raison et le sentiment».⁴ Afonso, seguidor caluroso del sentimiento, colocaba en la balanza de la razón su educación clásica. Así fue posible que prosperase este prerromántico tan retrasado. El fenómeno que se da en don Graciliano se repite en nuestras primeras figuras del prerromanticismo y no es rara coincidencia que Martínez de la Rosa tradujera a Horacio, Rivas y Espronceda aprendiesen el latín, Cienfuegos fuese un latinista afortunado, White tradujera cantos litúrgicos, Marchena parafraseara textos latinos y Meléndez, entre todos el primero, fuese un apasionado de Anacreonte. Con algunos de ellos —Gallardo, Rivas y Martínez de la Rosa—, compañeros de Cortes suyos, tiene don Graciliano muchos puntos de contacto, no sólo en su vida, sino en su obra. Boussagol señala en Rivas entre las «Apuntaciones varias sacadas de diferentes autores . . . », los «Apuntes varios tomados del Comentario al Espíritu de las Leyes de Montesquieu de Destutt de Tracy»;⁵ la fecha, 1821. Sarrailh, recogiendo la noticia de Fernández y González, destaca la importancia de Martínez de la Rosa en la introducción de las doctrinas sensualistas dentro de la universidad de Granada, en los primeros años de 1800.⁶

⁴ PIERRE MOUREAU, *Classicisme et Romantisme*, Paris, 1923, pág. 23.

⁵ G. BOUSSAGOL, *Essai de Bibliographie critique sur le Duc de Rivas*, Bull. Hispanique, 1927, enero-marzo (pág. 13):

«Apuntaciones varias sacadas de diferentes autores, por Ángel Saavedra Ramírez de Baquedano durante sus viajes. Empezaron a escribirse en Paris por el mes de agosto de 1821. Les pages 1 à 58 sont occupés par des Apuntes varios tomados del Comentario al Espíritu de las Leyes de Montesquieu, hecho por Destutt de Tracy. Rivas a eu en mains l'edition de 1819, 1 tome in 4° de 411 pags.»

Graciliano Afonso, durante sus años de catedrático en el Seminario de Las Palmas (1795-1796), manejó los mismos textos.

«De Locke a Montesquieu. De Montesquieu a la Constitución francesa de 1791. De aquí a Cádiz. Tal es la trayectoria que sigue el principio de la división de poderes» dice Fernández Almagro; el Duque de Rivas parece estar en esta segunda fase de la evolución. No necesitar la traducción que hizo Juan Justo García (*Elementos de verdadera lógica . . .*, Madrid, 1821) dice mucho del interés que el futuro diputado tenía por el derecho constitucional.

Véase M. FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Orígenes del movimiento constitucional en España*, Barcelona, 1929, pág. 97.

⁶ «El Biógrafo más escrupuloso de Martínez, Fernández y González, asegura haber sido el primero en conocer en Granada la doctrina de Condillac . . . ser un

Afonso, es catedrático de Filosofía del Seminario de Las Palmas. y, con la aquiescencia de los obispos Tavira y Verdugo, lee a D'Alambert, comenta a Holbach —al que probablemente tradujo— y «sensualiza» las aulas escolásticas del Centro Conciliar de Las Palmas; 1795-1804 son los años del magisterio de don Graciliano en el Seminario. Al producirse la reacción absolutista de 1814, Martínez de la Rosa, como tantos otros liberales, figura en la lista de proscritos; Madrid y el Peñón de la Gomera son lugares de su prisión; las anacreónticas, el *Arte Poética*, la traducción de la *Epístola a los Pisones* fueron compuestas en la cárcel. Rivas tiene que salir en 1823 de Cádiz; residiría provisionalmente en Gibraltar para recorrer por Malta, Italia, Inglaterra y Francia las etapas de su destierro; «Il va à aspirer à creer autour de lui —dice Boussagol— l'atmosphère stable d'une famille; il va, loin de sa patrie, apprendre à en mieux juger les êtres et les choses; il va, surtout, au contact des littératures étrangères, de couvrir des horizons ignorés: l'exil va réaliser le renouvellement et le enrichissement de sa personnalité».⁷ Afonso encontrará en tierras extranjeras parecidas emociones y novedades desconocidas por completo en las Islas Canarias cuando las abandona en 1822.⁸

La continuación de la ideología del siglo XVIII en el XIX no es un capricho de la crítica literaria, sino una realidad patente, como ha demostrado Martínez de la Rosa con su vida y su obra y demostrará también Afonso. Y este cambio no pudo ser brusco o inesperado; era el resultado de una evolución constante, segura; la misma que iban sufriendo todos los hombres europeos. Desde Diderot, uno de los precursores, hasta Meléndez Valdés, casi un

admirador de Condillac, hacia 1800 en España, es demostrar que se renuncia a la antigua Filosofía para aceptar una nueva; afirmar que se abandona el pasado para orientarse hacia el porvenir . . . »

J. SARRAILH: *Un homme de d'état espagnol: M. de la Rosa (1787-1862)* Paris, 1930.

⁷ G. BOUSSAGOL: *Angel de Saavedra, Duc de Rivas*, Tolosa, 1926; pag. 37.

⁸ Seminario y Universidad no parecen diferir mucho en sus respectivas aulas; estaban inundadas de un mismo aire renovador. Los dos tribunales inquisitoriales sentían iguales preocupaciones por los libros prohibidos. Pocas diferencias habría en este respecto entre las dos poblaciones.

romántico, hay una progresión, cada vez mayor, hacia la naturaleza: de la frialdad al entusiasmo, de la insensibilidad al sentimiento, del pensar al sentir. Tanto el poeta granadino como el canario parecen seguir estas orientaciones; fueron dos hombres que vivieron una época y tuvieron conciencia de estas coincidencias, prueba no ya tan sólo de una comunidad de ideas, sino del particularísimo carácter de esta comunidad.⁹ No sería Martínez de la Rosa el único con quien coincide Afonso; podría pensarse en la casualidad. Gallardo, Mora, Rivas, Galiano serán nombres que irán surgiendo a lo largo de este estudio, y no caprichosamente. Todos los hombres a quienes se puede llamar padres del romanticismo español —esto es, los políticos de 1810 y de 1823— parecen unidos por un destino común o por un código que los rige.¹⁰

A todos ellos, típicamente románticos, debemos anteponer —como ya se apuntó— el nombre de Meléndez Valdés. La poesía de nuestro primer lírico del siglo XVIII ejerce en Afonso una influencia de tal naturaleza, que se diría hubo un afán de llegar al plagio más o menos afortunado. La delicadeza, la gracia, la negligencia y la sensualidad de Meléndez se verán reflejadas en la obra del Doctoral, en el que, además, coincide la educación humanística, especialmente ostensible en aquel deseo, nunca satisfecho, de apropiarse del espíritu de los bucólicos y los eróticos griegos y latinos.¹¹ El amplio sentido de la anacreóntica en el siglo XVIII es recogido por Afonso, fiel discípulo de Meléndez; el «aroma sensual y festivo» apuntado por Salinas es un lugar común en la

⁹ Martínez de la Rosa, edita sus *Poesías* en 1830; Afonso fecha su *Beso de Abibina* en 1838. Cuando transcribamos el criterio de Larra sobre el libro de Martínez de la Rosa, veremos que no sería muy difícil adaptarlo al de Afonso: están unidos los dos autores por Meléndez.

¹⁰ No es ninguna novedad señalar la coincidencia del fenómeno político y literario, para algunos, un poco exageradamente, resultado el segundo del primero. En el caso de Martínez de la Rosa, podría surgir la duda de si fue el Valdés anacreóntico o «el espíritu de las Leyes» su primera lectura; la misma duda que producirían Van-Espen o Anacreonte con respecto a Afonso.

¹¹ No fue únicamente Anacreonte la inspiración del Afonso bucólico; Catulo, Virgilio, Tasso, Bobadilla, Conti, Chiabrera, Juan Segundo, serán nombres que irán surgiendo a lo largo de la obra de Afonso.

poesía de los anacreónticos. Y aun en la faceta bucólica, en él predominante, fue Afonso capaz de armonizar la influencia clásica y las nuevas derivaciones iniciadas por Gessner. Traduciendo a Anacreonte y parafraseando a Meléndez, Graciliano Afonso fue un vértice en donde concurrieron las dos corrientes bucólicas —la de Anacreonte y Gessner—; una de ellas —la antigua— poco frecuente en los poetas del XIX. La formación clásica de cada uno de estos poetas juega un papel importante en la predilección por las antiguas formas poéticas; el nombre de Lista quizá sea bastante elocuente. Afonso, conocedor de los bucólicos y eróticos griegos y latinos, no podía desprenderse de este pesado equipaje. Como tampoco pudieron Martínez de la Rosa, Cabanyes, Espronceda o el mismo Larra, tan acérrimo defensor «de la desconsoladora Filosofía de Byron».¹² Cuando haya amplias y cuidadas monografías sobre el prerromanticismo español —al igual que hay del francés o del inglés—, se conocerá mejor nuestro romanticismo, íntimamente relacionado con el XVIII.¹³ Graciliano Afonso, una de esas figuras grisáceas del siglo XIX español, prueba hasta qué punto llegó la influencia y la persistencia del siglo anterior. Los temas, el estilo, la inspiración parecen ser las del más fervoroso poeta neoclásico. Al igual que otros autores de 1800, Graciliano Afonso no olvidó en ningún momento sus lecturas de los clásicos españo-

¹² Téngase en cuenta la significación de la anacreóntica en los poetas románticos del siglo XIX. Todos ellos, casi sin excepción, comenzaron su obra gracias a Meléndez. Recuérdese a Rivas; Boussagol es bastante explícito en el capítulo que dedica a las fuentes literarias del autor. Cueto «no veía sino grosería, afectación vanidosa en el amor a la soledad y aburrimiento en la calma de los bosques...» Siempre es interesante tener un precedente para Afonso, otro gran enemigo del campo, aunque su musa parezca sonar con aire de caramillo.

¹³ Ni el neoclasicismo retrasado ni el persistente clasicismo son fenómenos esporádicos en el siglo XIX. Al primero dedicaremos mayor atención con el estudio de la anacreóntica en el siglo XIX; el segundo, en realidad, no es sino una consecuencia del primero. Plaja ha dedicado un libro especial a Garcilaso y la poesía española muy expresivo; el que se dedicara a Góngora, a Herrera, a Fr. Luis, Lope o Quevedo no dejaría de tener interés especialmente para los siglos XVIII-XIX. El magisterio, aunque sea en apariencia negado, deja sentir su onerosa influencia. El rastro de Chiabrera en su obra es una atadura más al siglo anterior; como Beranger lo sitúa en la avanzada de la poesía social del romanticismo.

les, especialmente del siglo XVII y del XVIII. El módulo Garcilaso-Herrera parece ajustarse en la obra del Doctoral. Estas lecturas —iniciadas en sus primeros años juveniles— ayudarían a sus preferencias bucólicas al modo clásico. Don Graciliano fue lector constante y hay constancia de sus preferencias literarias; ya se verá hasta donde llegaron.¹⁴ La métrica y los temas los recoge de las innovaciones de Boscán y Garcilaso, olvidadas o poco usadas en el XVIII; no en vano tenía con el maestro de Garcilaso una comunidad de gustos literarios, entre los que el poema de *Leandro y Hero* no dejaba de tener una significación destacada. Como tampoco, al igual que Góngora, dejó de recordar a Chiabrera, del que hay huellas en los escritores de la pléyade francesa; o a Beranger, y no precisamente a través de Espronceda, sino del mismo original francés, según se verá con sus traducciones; gracias a ellas se conocerá la preceptiva de don Graciliano; de la misma manera que Pope, un autor conocido entre los poetas de la Escuela Sevillana —Reinoso, Marchena, Arjona—, Byron, el nuevo dios de los románticos, es traducido y comentado por el Doctoral. Los nombres de Millon, Burke y Macpherson completan las fuentes literarias de este poeta clérigo capaz de ofrecer una visión bastante completa del prerromanticismo español, en verdad nada simple, como toda escuela de transición.¹⁵

¹⁴ Afonso traduce a Pope en 1840, *Ensayo sobre la crítica*, y en 1850; la primera versión es la más importante; es la mejor prueba de su preceptiva ligada a la vieja escuela.—Milton es traducido en 1853; tarda casi un año en terminar la obra *El Paraíso*... —Byron (Chil Harold), también por la misma fecha anterior; un ejercicio escolar de su alumno y discípulo don Amaranto M. de Escobar, pero en el que se aprecia —hemos visto el borrador autógrafa— la mano del Doctoral.—Burke (*Investigaciones filosóficas sobre el origen del gusto*), en 1850, fue un preceptista muy leído por don Graciliano y por los románticos españoles.—La traducción, bastante incompleta, de Ossian no tiene fecha, aunque sí es seguro pertenece a este mismo periodo posterior a su vuelta de América.

¹⁵ Entre otras, véanse las siguientes monografías sobre el fenómeno prerromántico: A. MONGLOND, *Histoire interieure du Pre-romantisme Français*, 2 vols., Grenoble, 1929; H. AUGUSTIN BEERS, *A History of English Romanticism in the XVIII Century*, London, 1899; PIERRE BINGER, *Les preromantiques anglais*, Paris, 1925 (con un estudio bastante extenso del fenómeno prerromántico en Europa); J. G. ROBERTSON'S *Studies in the Genesis of Romantic Theory in the Eighteenth*

Reglas o inspiración

Se ha definido generalmente al siglo XVIII como a una unidad literaria incorruptible e inseparable: la peluca, el rapé; el precepto, la afectación, la frialdad. Se piensa que sus escritores son preceptistas y puristas reposados, llenos más de razón que de corazón. No se pone en duda que casi todos se enciclopedizaban para enciclopedizar a los demás; y hasta la palabra —enciclopedia— parece enriquecerse de contenido; se la usa para designar a los dieciochescos y se cae alegremente en esta anfibología. Afrancesamiento, preceptiva, enciclopedia: he aquí tres conceptos familiares en el siglo XVIII español. Estaba ya formado un fichero difícilmente

Century, Cambridge, 1924 (Tesis Doctoral); SORRENTINO, *Preromantismo*. «Convivium», Torino, 1935; H. TRONCHON, *Romantisme et Preromantisme*, París, 1930 (estudio sobre la estética prerromántica. Influencia de lo español y lo alemán en la literatura francesa); P. V. TIEGHIEM, *La notion . . . Preromantisme*, «Rev. Lit. Comparée», 1921, 1924. Con posterioridad ha reunido, en 3 tomos, todos sus estudios sobre el prerromanticismo. Aunque deficiente para el estudio del prerromanticismo español, es obra fundamental para el conocimiento y desarrollo de la nueva escuela literaria por Europa.—La bibliografía que existe sobre este particular es numerosa. Quizá sean los americanos y los ingleses quienes hayan hecho lo más provechoso; citemos dos trabajos, uno de Peers, casi exhaustivo, y otro bibliográfico de Adams, prometedor e indispensable: E. ALLISON PEERS, *History of the romantic movement in Spain*, 2 vols., London, 1940; N. ADAMS, *The romantic movement: a selective bibliography* (1938, fs. 1-48; 1939, 1-38; 1942, 1-35), *Spanish*.—El prerromanticismo, al que todavía no se ha dedicado un estudio completo, puede tener como puntos de partida los estudios siguientes, aparte de los más conocidos de Díaz Plaja, M. Pelayo, Cortés, Piñeiro, Gandía, Tubino, Valera, A. Castro: ELIZABETH FORMERLY LATIMER, *Spain in the nineteenth century*, CHICAGO, 1897; CHARLES E. KANY, *Life and Manners in Madrid, 1750-1800*, Univ. de California, 1932. Son dos obras dedicadas a las costumbres y vida en general españolas del siglo XIX; muy aprovechable es también el libro de F. DÍAZ PLAJA *La vida española en el siglo XVIII*, Barcelona, 1946.—Cuatro libros, primordiales para el conocimiento amplio del fenómeno podrían ser: I. L. MAC CLELAND, *The origins of the romantic movement in Spain*, Liverpool, 1937. Cleland, discípulo de la escuela hispanista del profesor Peers, intentó recopilar el material de los primeros prerrománticos españoles; la fecha de su edición justifica la falta de material español, subsanada por su maestro en la monografía ya consignada; ROBERT E. PELLICIER, *The Neoclassicism in Spain . . .*, 1919. Obra útil para conocer las disidencias es-

renovable.¹⁷ Se ha querido imputar a don Marcelino esta clasificación, lo que es falso. Es cierto que no profundizó ni se extendió mucho en el tema; bastante hizo con esbozarlo. Esta labor la cumplirían los críticos de 1900 cuando se decidieron a estudiar la literatura española en función de la europea; esto es, cuando la literatura comparada gozó de predicamento.¹⁸ Sin pretender descubrir

téticas y preceptivas de los literatos españoles del siglo XVIII; E. A. PEERS, *Rivas and Romanticism in Spain . . .*, Liverpool, 1923, obra superada por la tesis doctoral de Boussagol en su monografía posterior; E. COLFORD VILLIAM, *Juan Meléndez Valdés: A Study in the Transition from Neoclassicism to Romanticism in Spanish Poetry*, Ediciones del Instituto de las Españas, Nueva York.

La lista que se hiciera de artículos sobre el prerromanticismo excedería los límites de esta ya abultada nota; seleccionamos, entre otros, algunos: ALBERTO LISTA, *Lecciones de Literatura Española, explicadas*, El Ateneo de Madrid, 1836 (tal vez sea el primer estudio sobre los comienzos del romanticismo español); N. D. ADAMS, *Notes on Spanish plays at the begining of the romantic period*, «Romanic Review», Ab., 1926; J. AMADE, *Les precurseurs du romantisme espagnol*, «Bulletin Hispanique», 1927; CASELLA, *Agli albori del romanticismo e del Moderno rinascimento catalano*, «Revista delle Biblioteche e degli Archivi», XXIX, 1918; A. TORRES RIOSCO, *G. M. Jovellanos, poeta romántico*, «Revista de Estudios Hispánicos», 1928; PEDRO RÉPIDE, *Prolegómenos del romanticismo en España*, «Revista Nacional de Cultura», 1941.—Añádanse las bibliografías de las revistas francesas «Revue Hispanique», «Revue de Synthese Historique», «Hispania», «Bulletin Hispanique» y «Revue de Litterature Comparée», cuyos capítulos de información suministran noticias de tesis y trabajos —muchos inéditos— sobre literatura española, especialmente de los siglos XVIII y XIX. «Hispania», «Hispanic Review» y «Bibliographie Hispanique» y «Romanic Review» son las fuentes más importantes en América, así como los índices abundantes de tesis doctorales de los departamentos de «Romanic Languages» de las universidades americanas; el «Bulletin of Spanic Studies» de Liverpool, aunque de carácter escolar, proporciona noticias del hispanismo inglés.

¹⁷ Quizá haya sido Hazard el crítico que más ha hecho por delimitar los aspectos del siglo XVIII; Américo Castro (*Lengua, Enseñanza y Literatura*); Sainz Rodríguez (*La evolución de las Ideas sobre la decadencia española, Bartolomé J. Gallardo . . .*), tal vez hayan sido de los críticos españoles contemporáneos más precisos en sus estudios sobre la Ilustración en España; don Marcelino, como veremos, no ocupa una posición extremista. Recorrer la crítica literaria del siglo XIX es contar con un índice de francófilos o francófobos más o menos acusados.

¹⁸ Los estudios dedicados a Marchena y White tienen una exactitud difícilmente superable. Señalar el empirismo inglés y el sensualismo francés como las corrientes ideológicas del siglo es reconocer la existencia de una diversidad de

nada nuevo, es necesario fijar los puntos más destacables dentro de la literatura del siglo XVIII, especialmente de su segunda mitad. Son conceptos que servirán al estudiar la obra de Afonso.

Tal vez sea Feijoo uno de los primeros y más revolucionarios preceptistas prerrománticos; Menéndez Pelayo señaló la transcendencia del *No sé qué*. Era un grito de rebeldía frente a las imposiciones normativas de Muratori o Boileau a través de Luzán. La poesía no era un resultado de reglas, sino de la inspiración; un algo casi divino del genio; Young, un punto de partida, se repetiría en Feijoo, en Jovellanos y en Capmany: *impetus ille sacer* . . . , un verso ovidiano revivido por los antipreceptistas y antiacadémicos.¹⁹ La otra cualidad es el sentimiento. Buscar la emoción, no la instrucción, tal es el cambio que sufre la estética, cambio posiblemente debido a Locke y a Condillac. Cuando Quintana ponderaba la significación del sentimiento, «la señal del bardo», defendía una postura revolucionaria cada vez más domi-

orientaciones, la mayoría de las veces comunes en un mismo escritor. Completar el complejo mapa literario de la España del siglo XVIII, riquísimo en polemistas envidiables, es labor necesaria para tener un concepto preciso de las banderías estéticas del 1700. Cotarelo tuvo buen cuidado de aprovechar este interesantísimo aspecto de T. Iriarte para su libro; la agudeza de la polémica suscitada a lo largo de cien años encierra la historia de una época.

¹⁹ La pugna Luzán-Iriarte, los dos preceptistas del siglo, es la lucha de lo tradicional y lo innovador, aunque el tradicionalismo de don Juan tuviese un tono amplio y vivo. Feijoo, la mente más vigorosa de la época, no pudo inhibirse de esta polémica. Y lo haría con todo el peso de su autoridad. Estudiar, detenidamente, la historia de este problema, continuando por el sobrino de don Juan, don Tomás, es hacer, como dice Díaz Plaja, la historia de toda la ideología contemporánea. La caricatura que hasta ahora tenemos de estos escritores no nos permite conocer con precisión cuál fue la postura de cada uno. Luzán, el preceptista, no tan riguroso ni tan estrecho en su criterio como se ha querido ver; el «Diario de literatos, versión, del «Journal» francés, fue algo más que un plagio afortunado como «El Pensador» al parecer solo un «Spectator» españolista.

Recuérdese que fue Luzán uno de los espíritus lacrimosos en el siglo XVIII. Su *Razón contra la moda*, traducción de Nivelles de Chausee (Madrid, Imp. Mercurio, 1751), es la aceptación de la comedia sentimental, que ya abundaba en los teatros parisinos. Jovellanos no dejó de expresarse con ternura extemporánea. Díaz Plaja dedica al tema varias páginas, aunque no abundan los textos del siglo XVIII.

nadora. El poeta no debía obedecer sino a su genio, a las reglas que éste le dictaba.²⁰ El autor, gracias a su genio, podía conocer de un modo directo, sin intermediarios; la fábula, la mitología desaparecen. Menéndez Pelayo ha sabido recoger un texto elocuente de Diderot; «... ¿ha heredado un hombre genio?: se aleja de la ciudad y sus habitantes. Prefiere huir a la espesura de los bosques, desea su tenebrosidad misteriosa. Marcha al azar. Busca un lugar oscuro que le inspire. ¿Quién es el que mezcla su voz con el torrente que baja de la montaña? ¿Quién el que siente la excelsitud de un lugar desierto? ¿Quién el que se escucha en el silencio de la soledad? Únicamente Él». Cuando Meléndez Valdés, en una de sus odas, exclamase: «ven, dulce soledad, / y al alma mía / libra del mar horrisono agitado», formularía en la poesía española un modo distinto de concebir el paisaje íntimamente vinculado al espíritu del poeta. Naturpoesie nacida de naturgenius; sólo en lo primitivo, en lo salvaje, lo natural, sería posible encontrar la fuente de inspiración poética; en un principio ella había sido la más pura manera de expresión («poesía, lengua materna del género humano»). Como resultado de estas doctrinas aparecerían textos y estudios encaminados a estudiar estos pueblos primitivos. La filología, la lingüística adquieren un carácter de verdadera ciencia gracias precisamente a este nuevo descubrimiento romántico.

Este afán de simplificar se manifestó en todo: desde la poesía a la religión. El derecho natural movió el espíritu de los hombres de tal manera, que el siglo XVIII es una continuación en muchos aspectos del siglo XVI, tan rico en Erasmos, Luteros y Calvinos. Pistoya quiere ser una nueva Nicea dentro de la iglesia cristiana; católicos, pero no dogmáticos; tal era el principio defendido por los teólogos y filósofos del siglo XVIII. En tal grado adquiere importancia esta Reforma, que la literatura conocerá su influencia: los salmistas, los parafraseadores, los lectores del Antiguo Testamento son resultado de esta nueva norma religiosa. Primitivismo, un nuevo concepto que va adquiriendo más y más interés para los hombres de la época: en literatura desemboca en el pre-

²⁰ Ésta es la norma general de todos los poetas del prerromanticismo. Véase P. V. TIEGHISM, *ob. cit. Le Prémantisme*, Paris, 1948.

romanticismo y en religión, en el deísmo, materialismo o racionalismo. La predisposición que se sentía por la filosofía —popularizada, «trivializada», según Julián Marías, por obra de agudos escritores—; la preocupación que el hombre culto tenía por los más mínimos problemas de la filosofía —con la extensión que la palabra adquirió en este siglo— hizo posible que una doctrina, nacida tal vez en el círculo de un sínodo, defendida por unos pocos teólogos, aceptada en principio por unos cuantos escritores, adquiriese la difusión y transcendencia que tuvo. Américo Castro define con bastante exactitud este estado de ánimo predominante en estos años: «nos dan la impresión [los escritores] de volver a situarse en el punto en donde quedó interrumpida la obra del erasmismo en el siglo XVI». Este fluir silencioso de un río escondido durante un siglo parece hacerse cada vez más caudaloso y turbulento; su desembocadura se llamará romanticismo.²¹

Revolución-Renovación

Esta originalidad, sencillez y sinceridad, tan necesarias al escritor, sólo podrían encontrarse en el pueblo. Cuantos más antiguos sean los pueblos y más desconocidos, cuanto menos contaminados están de civilización, más ricos serán en inspiración poética. Rousseau precisará los contornos del hombre natural capaz de vivir en un país ideal gracias a las normas aprendidas de la naturaleza. El hombre natural podrá ser muy bien el habitante de aquella isla soñada por Moore en su *Utopía*, aunque este hombre, enriquecido con nuevas experiencias, difiera un tanto de sus semejantes de 1600. El siglo XVIII, tan lleno de viajeros, ansiosos de encontrar este hombre ideal, tentaría a los escritores a forjar un arquetipo del indígena de los continentes, o de los lugares poco conocidos todavía para la geografía. América, especialmente, adquiere una importancia excepcional para el hombre prerromán-

²¹ Hazard, Cassirer, Bataillon sostienen esta teoría de enlazar el primitivismo religioso de finales del XVIII con el movimiento reformista del XVI-XVII.

tico; la atracción ejercida por el Nuevo Mundo, reflejada en una extensa bibliografía, necesariamente debió repercutir en la ideología que había divinizado a la naturaleza. La literatura francesa, la inglesa y la española favorecieron esta difusión; Chinard y Fairchild —por no citar sino dos nombres— han señalado la influencia que tuvieron los escritores americanistas, los viajeros, en una palabra, en el desarrollo del tema. Los franceses escogen a algunos de sus misioneros autores de narraciones y descripciones como los predecesores más inmediatos; Chinard ve en el padre Dutertre uno de los más destacados. En realidad, como ha hecho ver Díaz Plaja, toda la literatura de exaltación americana tiene su origen en fray Bartolomé de las Casas, cuya obra tanto circuló por las bibliotecas europeas. Rousseau encontró en este texto como en los de Dutertre una inspiración inmediata —*islas con indígenas felices y afables, desconocedores de enfermedades y ambiciones*—; leyó en Bolingbroke, Shaftesbury —para quien la naturaleza era «wise substitute of providence, impowered creatress . . .»—, Locke o Pope páginas muy de acuerdo con sus sentimientos; padeció, en fin, el mal del siglo, la anglofilia, tan poderosamente reflejada en las bibliotecas francesas, al decir de Mornet.²²

El fenómeno tuvo en España caracteres particulares. En el siglo donde lo francés era la moda, los reyes españoles —Carlos III, especialmente— procuraron por todos los medios restringir la entrada de productos culturales europeos, que podían dañar la seguridad del Estado. Cuando estalla la Revolución Francesa, las medidas de seguridad se intensifican; el *cordón sanitario* se hace cada vez más riguroso. Una reciente tesis doctoral estudia extensamente la celosa política de los ministros de Carlos III; a través de los expedientes seleccionados por el autor es posible darse cuenta de la lucha —constante, dramática, intensa— que España sostuvo, de un modo especial en los últimos cuarenta años del 1700, para conseguir librarse de las innovaciones que estaba sufriendo Europa. Aparentemente era una lucha política lo que se estaba ventilando; sin embargo, en el fondo, había algo más. Lo dicen los expedien-

²² DANIEL MORNET, *Le romantisme en France au XVIIIe, siècle*, Paris, 1920, págs. 1-37.

tes que la Inquisición, las audiencias, los capitanes generales, los intendentes, los comisarios especiales incoaron a cientos y cientos de españoles picados por el más terrible de los agujones: el de la lectura, precisamente la prohibida, la adoctrinadora de la posible revolución. El día que exista un inventario completo de los expedientes por libros prohibidos, tan abundantes en los archivos inquisitoriales, quizás se complete el mapa espiritual de la España contemporánea. No hay que olvidar los antecedentes de los siglos XVI y XVII, cuando Erasmo hacía vibrar a miles de corazones sobrecogidos por la duda. Hay una diferencia, sin embargo. Los intentos erasmistas, aunque repetidos y frecuentes, no pudieron desembocar en un triunfo absoluto: la Inquisición, la monarquía —nunca más dogmática—, el intercambio europeo —menor que en el XVIII— fueron tres factores muy poderosos. En 1700, los dos primeros se debilitaron, mientras que el último adquiría cada vez mayor importancia. A pesar del celo, de la vigilancia por cernir bien todo cuanto provenía de Europa, los intelectuales primero, y el pueblo después fueron, poco a poco, apurando las dádivas llegadas con tantos peligros desde los países del norte. Los esfuerzos iban a dar frutos, pese a la oposición encarnizada de los tradicionalistas. Don Marcelino, con intuición admirable, señala los nombres de los primeros europeizadores, para la mayoría confundidos con los afrancesados. Traducciones de libros franceses e ingleses —éstos, a través de textos franceses—, circulación de textos heterodoxos desde el aspecto político o religioso, popularidad y extensión del ideario revolucionario: he aquí el panorama español a finales del siglo XVIII.

La Ilustración en las Islas Canarias, salvando circunstancias particulares, nada difiere en lo esencial de otras regiones españolas. Los hombres que vivieron la Guerra del Rosellón, la de la Independencia, y las segundas efervescencias constitucionales de 1820 parecen unidos por un hilo invisible. Las furtivas lecturas de juventud (en el seminario, en la universidad, en las bibliotecas de algunos nobles) influyeron en los futuros escritores, tan íntimamente compenetrados con los azares de la historia española. Hay cuatro o cinco nombres que casi siempre van unidos a las vidas de muchos españoles eminentes de la última mitad del 1700. Se pien-

sa, de inmediato, en Rousseau, Voltaire, D'Alambert y los enciclopedistas; pero se olvida a Bularmaqui, Puffendorf, Heinecio, Locke u Holbach. Muchos españoles estudiosos de las ciencias jurídicas mezclaban sus clásicos del derecho natural con los de la pura literatura o filosofía. Y así Locke reforzó a Rousseau, y Heinecio complementó a Diderot; empirismo y naturalismo, dos notas esenciales del siglo XVII incrustadas en el XVIII por el azar de necesidades jurídicas. Recuérdense a Jovellanos, Meléndez o Lampillas; a Martínez de la Rosa, a Saavedra, a White o a Marchena: sus respectivas juventudes van unidas por el denominador común de las lecturas prohibidas; en casi todos ellos los libros jurídicos van entremezclados con los filosóficos o literarios. Recuérdese a aquel oidor de la Audiencia de Canarias que, al embarcar para la Península, defendía con tanto celo su Van-Hespen frente a las exigencias de los visitantes del buque. Y en los expedientes seleccionados por el Dr. Artola en su tesis doctoral —ya citada— asombra admirar la argucia y la contumacia de los contrabandistas de ideas: desde los chalecos, sombreros y cajitas con doble fondo conteniendo cuadros, pinturas o libros escondidos, a las cajas soldadas y arrojadas al mar con corchos flotantes —como el más experto traficante de drogas—, pasando por el chantaje de los falsos revolucionarios que pedían dinero al embajador español por dar información falsa sobre la propaganda revolucionaria. Ningún medio faltó para hacer llegar lo que se pedía con tanta avidez. Lo que en otros momentos hubiese parecido normal en el carácter español —resistencia a lo extranjero— ahora se daba de un modo contrario; se procuraba por todos los medios imaginables proveerse del artículo importado, viniese en la forma que fuese. Y ya se vio que no fue éste un fenómeno de minorías, pues el pueblo, identificado con el afán renovador, ocupó un lugar destacado en esta lucha por la conquista de lo europeo.²⁸

²⁸ Véase J. SARRAILH, *Enquêtes romantiques* . . . París, 1923; LOUIS STRONG, *Bibliographie of Franco Spanish relations*, 1930; J. R. SPELL, *Rousseau in the Spanish before 1833*; E. A. PEERS, *Chateaubriand in Spain* («Rev. Fil. Española», 1924); Idem. *Sidelights of Byronism in Spain*, («Rev. Hispanique», 1920); *Manzoni in Spain*; *Influence of Ossian in Spain*, («Philological Quaterly», 1925, 32-40; A.

Precisamente es en la masa popular en donde tuvo más difusión un género de lectura lleno de tentaciones: la novela sentimental y la de aventuras —origen de la hoy difundida novela policiaca—. *Abelardo y Eloisa, Atala, Ivanhoe* iban de mano en mano, a veces, como ha señalado González Palencia, con notas de pintoresquismo y originalidad, como le sucedía a Scott en su lucha con los censores. El Inventario del Consejo de Imprentas proporciona un catálogo de los libros más frecuentes y familiares para los lectores de la época. Si por un lado los textos pistoyanos, racionalistas o deístas eran solicitados por los intelectuales y los profesionales, el pueblo satisfacía su curiosidad con *Atala, Ivanhoe, Las ruinas de Palmira o La Henriada*. Y no le bastaban los ejemplares importados sino que eran capaces de hacer ediciones furtivas sin la censura exigida por las leyes. Dos autores fueron los preferidos de un modo especial por el público: Scott y Chateaubriand. Los catálogos de Peers, Buceta, González Palencia y Sarrailh prueban la difusión que alcanzaron estos libros; dos de ellos de un modo particular, *Atala o Ivanhoe*. Textos franceses se traducían sin interrupción, y no eran precisamente las primeras tentativas de bibliografía prerromántica española. Pope y Milton, dos iniciadores, llegan a España a través de textos franceses; igual suerte habían de correr Shakespeare, Rousseau, Manzoni, Alfieri, Young, Gray, Ossian y Florian; Byron, por último, completa el índice de autores extranjeros influyentes en el prerromanticismo español.²¹ Los primeros periódicos del siglo —no se debe olvidar al «Diario de los Literatos», «El Pensador» y «La Gaceta»— ayudaron mucho en esta difusión; en «El Europeo» aparecen los primeros manifiestos románticos, y Peers no desperdicia el material que le ofrecen las hemerotecas provinciales españolas. Sin embargo, no hay que dar a la prensa un valor excesivo. Los verdaderos conquistadores del nuevo gusto serían los últimos procesados por el Santo Oficio, cada vez más obstinados en su comercio ideológico. Añádanse las circunstancias históricas —que-

PAAR, *Shakespeare en la Literatura española*, Madrid, 1935; MÁS y PRATS, *Las noches de Young*, «Ilustración Española y Americana», 1888, II; 203-206.

²¹ Para el estudio de este fenómeno véase el Cap. I de esta monografía.

rra del Rosellón, prisioneros franceses distribuidos por muchas ciudades españolas, abundancia de comerciantes franceses—, muy favorables para el desarrollo de todos los acontecimientos. La historia española del siglo XVIII, tejida de esta urdimbre tan variada, estaba llena de augurios prometedores.²⁵

El poderío real, fundamentado en las doctrinas regalistas, se robustecía, aunque, simultáneamente, se debilitasen otros, como el religioso. Se ha querido señalar este fenómeno como una nota positiva para la ideología dieciochesca, pero se ha pasado inadvertidamente sobre el fondo revolucionario que encierra. Academias, Sociedades Económicas, bibliotecas, museos, censura rígida nacen con la centralización gubernativa. La debilidad dogmática iba aparejada con el mayor auge del jansenismo, cada vez más en boga entre muchos clérigos, casi adoptado oficialmente por decretos reales. Los expedientes inquisitoriales hablan de la difusión que alcanzó la nueva doctrina: desde la alta clerecía a la baja, desde el estudiante al intelectual, desde el ama de casa hasta la señorita de buena sociedad, toda la escala social participó de la influencia. Y los textos de Febronio, Halsenio, las conclusiones del Sínodo de Pistoya, el *Tamburini*, el *Quesnel* o el *Grocio* andaban de mano en mano; la tertulia literaria, la visita amistosa o la charla fortuita; los consejos de los confesores, las prácticas de los párrocos y aun de los diocesanos —Tavira y los capitulares de Las Palmas—; la vida civil y religiosa, todo estaba contagiado por una ola reformadora de alcances insospechados.

Los monarcas regalistas, aprovechando esta reforma, aceptan y protegen de un modo oficial este nuevo doctrinario, por cuanto tenía de favorecedor para su política. La vida de don José Moñino y Redondo resume el afán regalista de la monarquía española; su mayor triunfo consistió en la hegemonía alcanzada en los círculos pontificios gracias a la colaboración de clérigos españoles jan-

²⁵ Es necesario conocer íntegramente —y no con parcialidad— la vida de la España del siglo XVIII para comprender mejor, y con claridad, la difusión de este fenómeno. No tenemos todavía el libro documentado y veraz sobre lo que fue la vida española en el Siglo de las Luces: ni tan extranjerizada, ni tan tradicionalista como se la ha pretendido pintar.

senistas, como Vázquez o Azara. Se esforzaban los políticos regalistas por afianzar y ampliar la facultad real; se tendía a convertir al rey en cabeza visible de una iglesia nacional. Al mismo tiempo, tal vez inadvertidamente para muchos, se iban desatando lazos que habían parecido intocables hasta entonces. La compenetración de esta reforma religiosa con la política —el proceso de Olavide es elocuente— caracteriza el despotismo ilustrado del siglo XVIII, adelantado, en muchos aspectos, del constitucionalismo de 1812, el primer manifiesto estructurado del romanticismo español. No se debe olvidar que los redactores de la Constitución del 12 habían leído con tanto fervor a Montesquieu o a Rousseau como a Holbach o Heinecio. Aunque el derecho político de los legisladores franceses fuese el predominante, cuidaron muy bien los constitucionales españoles de nacionalizarlo y de fundamentar en antecedentes históricos —revalorización de Padilla y las cortes castellanas— sus reformas, en el fondo restauraciones de antiguas y olvidadas leyes. El camino recorrido por la legislación española desde Floridablanca a Martínez Marina es el itinerario más seguro de la nueva doctrina; de *La instrucción reservada* a la *Teoría de las Cortes*, he aquí dos obras fundamentales para conocer la evolución de la Ilustración en España, en la que jugaron un papel principal religiosos como Amat y Villanueva. Quizás sea en el campo de la política en donde se manifieste más claramente la continuidad del Aufklärung y la profundidad de su influencia.²⁶

Humanidad y Poesía

El desarrollo del fenómeno literario tuvo una nota característica en Francia, en Inglaterra; en Europa, en general, adquirió cuerpo bien pronto. Mornet dice en qué consistía el romanticismo francés del siglo XVIII: «había palabras precisas para expresar lo

²⁶ *La instrucción reservada* del conde de Floridablanca es, sin duda alguna, uno de los documentos más importantes para conocer el ambiente español de la época. Y para conocer, también, la Historia de España.

grandioso, lo pastoril, lo fúnebre o lo melancólico... No se quería la tragedia, la égloga, el sueño o las lágrimas separadamente; era todo, en mezcla unas cosas con las otras; era ese estado del espíritu en que se toca el confín de todo; era el *no sé qué* descubierta por Fenelon y exaltado por Rousseau. Únicamente la naturaleza podía devolvernos ese vértigo misterioso; es necesario encontrar una palabra exacta que lo resumiese... > Tal vez sea un texto de Baculard d'Arnaud, seleccionado por Mornet, el que mejor exprese esta inefabilidad: «Mes pleurs ont couleur...»

El prerromanticismo, como ha demostrado Tieghiem, fue en Francia un hecho visible desde mediados del siglo XVIII. Mucho antes de terminar el siglo eran suficientemente conocidos en la poesía francesa Milton, Pope, Ossian, Young, Gray o Gessner. Lo nórdico, lo sajón había calado muy dentro del espíritu francés. Farinelli ha hecho un estudio completo del romanticismo en el mundo latino; la prioridad de Italia y Francia sobre España es manifiesta: precisamente por su mayor contacto con el mundo sajón. La utilidad que prestan las traducciones italianas y francesas de obras inglesas o alemanas a los lectores españoles es muy grande; una buena parte de los principales libros románticos llegan a España por este camino indirecto.²⁷ Don Juan de Valera y Alonso Cortés son expresivos; el uno señala la huella de Young, Pope o Driden, algo afrancesados, y el otro, la utilidad del italiano para conocer libros de viaje, un género tan abundante en la época. Young y Gessner, concretamente sin duda los autores más leídos y más influyentes en los poetas prerrománticos españoles, eran conocidos a través de sus respectivas versiones francesas. Escoiquiz y Viera y Clavijo, un casi desconocido gesneriano, utilizan a Le Tourner para sus respectivas traducciones.²⁸

²⁷ Young llega a España a través de Tourner; igual que Pope, que Ossian y que tantos otros autores nórdicos. No eran el inglés o el alemán idiomas frecuentes en los hombres cultos de la época.

²⁸ No dudamos que la traducción de Viera de Pope, *Él ensayo sobre el hombre*, haya movido algo a continuar Afonso con la obra del preceptista inglés. Véase, para más detalles, la tesis doctoral de JOAQUÍN BLANCO MONTESDEOCA, *José de Viera y Clavijo*.

El romanticismo español resulta un tanto tardío en el mapa literario europeo. Hubo causas que retardaron su propagación y su crecimiento. La resistencia oficial a la comunicación con el extranjero fue una; los sucesos políticos españoles, otra; la oposición de Fernando VII, en sus periodos absolutistas de 1814 y 1823, a la entrada de libros extranjeros, fue un factor más que añadir a los anteriores. Nuestro romanticismo está lleno de traducciones de obras francesas —hechas con poca fidelidad—, que iban satisfaciendo las necesidades de los espíritus, no conformes ya con la preceptiva neoclásica. El periodo preparador es, tal vez, más largo que en otros países; de ahí el porqué se puedan encontrar neoclásicos contumaces en pleno siglo XIX y prerrománticos, aun tímidos, hasta casi 1840.

«La plupart des ouvrages dramatiques de cette période sont des traductions —dice Sarrailh—. Quant à autres genres, ils ne comptent que de représentants médiocres et indignes de mémoire. En tous cas, il semble bien que le courant préromantique qui s'annonçait avec quelque éclat chez un Cienfuegos, un Meléndez Valdés, un Jovellanos, soit arrêté dans son élan par un néoclassicisme banal, officiel, le seul soutenu. Parallèlement, dans la mode et le goût de la plupart des espagnols, on ne trouve guère trace de la sensibilité préromantique qui avait fait naître les romans en particulier». El crítico destaca la importancia de las obras dramáticas traducidas y la interrupción que sufrió la difusión de las doctrinas. Es muy oportuno, para completar la visión anterior, conocer el criterio de Peers: «Cuando el romanticismo llega a España (tardíamente por la política y otras causas) apareció en la nación una nueva literatura de ensueño en vez de un estallido deslumbrador, como en Francia, con la fuerza de una revolución; le faltaba su vigor y vehemencia, la convicción firme del movimiento francés; suspiros más inciertos, su éxito menos patente y la reacción fueron graduales... Tenía todas estas características, pero una destacable sobre todas: más que una revolución fue una reconstrucción».²⁹

En 1823, cuando ya en Francia y en Inglaterra brillaban Chateaubriand, Scott o Byron, «El Europeo» iniciaba con afán renova-

²⁹ E. A. PEERS, *Rivas and Romanticism*, Liverpool, 1923, pág. xiv.

dor, traducciones y adaptaciones de obras consagradas ya fuera de España. La europeización, ideal fuertemente enraizado en los escritores catalanes especialmente —recuérdese, por citar uno, a López Soler—, no pudo prosperar en continuidad ni en solidez; la restauración absolutista impidió que se cumplieran los propósitos de los redactores de «El Europeo». Como dice Peers, hubiese sido la mejor coyuntura para haber transformado el romanticismo en un movimiento «firme, sólido y con plena conciencia de sí mismo». Esta indecisión o timidez produciría un fenómeno particularísimo, ya apuntado: la persistencia de un neoclasicismo, que no desaparecería en medio de la efervescencia romántica. El arte y la literatura española del siglo XVIII no parecen haber terminado totalmente hasta 1850. El hecho no tendría significación mayor, pues en Francia, aunque con más rareza, también encontramos neoclásicos tardíos; el repetirse, casi como una constante, este neoclasicismo en un momento determinado de la vida de nuestras primeras figuras románticas, si es una circunstancia que no debe pasar desapercibida. Lo clásico y lo romántico, recíprocamente incrustados, tienen en nuestras literaturas del XVIII y del XIX importancia capital. Díaz Plaja apunta circunstancialmente el tema, como él dice, de esencial interés para conocer a los maestros de nuestro romanticismo; la devoción que por algunos clásicos castellanos —Fray Luis, Garcilaso, Herrera, Góngora, Lope, Cervantes— tienen los poetas románticos se debe explicar, primordialmente, por la continuidad del fenómeno, existente ya en el siglo XVIII.

Circunscribiendo el prerromanticismo a la literatura española, pueden hacerse dos grupos de sus escritores: los iniciadores y los propiamente prerrománticos, cada vez menos neoclásicos. Por dar algunos nombres, Feijoo, don Juan de Iriarte, Clavijo y Fajardo, Estala, el P. Andrés, Villarreal, Porcel, entre los del primer grupo; Jovellanos, Quintana, Cadalso, Meléndez, Cienfuegos, Marchena, Blanco, Reinoso, entre los del segundo. Tienen los iniciadores la virtud de haber sido los primeros que, de un modo más o menos directo, romperían con la norma y la imposición académica. Recuérdese el discurso del *No sé qué* y la cautela del benedictino frente a lo académico francés; piénsese en la pugna Luzán-

Iriarte, movida precisamente por el rigor preceptista del escritor aragonés; téngase en cuenta la postura, francamente vanguardista, de los jesuitas españoles en Italia, más en contacto con las novedades europeas. El segundo momento se podría llamar el triunfo del sentimiento. Pertenecientes a este último periodo, todos estos poetas tienen como característica esencial el predominio del sentimiento. En cada uno de ellos se pueden señalar notas personales de su obra que terminarían por situarlos con propiedad en el campo romántico. Meléndez, o el poeta del amor; Quintana y Jovellanos, exaltadores de lo nacional; Lista, Marchena, Blanco o Reinoso, cantores de los temas europeos. Un último subgrupo se podría hacer: lo constituirían Rivas, Martínez de la Rosa, Larra y Espronceda, los dioses mayores del romanticismo. Más numeroso podría ser este índice; sin embargo, teniendo presente la obra del Doctoral, basta con los nombres mencionados.

Entre todos estos escritores hay dos muy semejantes con Afonso: Meléndez y Lista, este último de un modo especial. Meléndez Valdés, en la obra; Lista, en la vida. El concepto de lo pastoral y lo bucólico inunda la obra de don Graciliano, gracias a Meléndez, aunque no será la única causa; la gravedad y el tono de magisterio de Lista vienen de acuerdo con la vida de Afonso, dramática y movida, pero edificante. Quintana dará a Afonso el tono retórico y enfático de muy contadas composiciones; lo pondrá en contacto directo con la naturaleza. Los tres poetas andaluces parecen unidos con el Doctoral por la línea de lo europeo: Milton, Pope, Colardeau, Beranger son un denominador común. Con los maestros románticos tiene Afonso una relación más directa, pues las circunstancias de sus vidas hicieron posible que conociesen todos —Rivas y Martínez de la Rosa, concretamente— el dramatismo de los años constitucionales.

Meléndez es, seguramente, el que ofrece mayor interés. Las lecturas de Young, el conocimiento de Ossian hicieron del poeta extremeño un sentimental nada corriente en aquella época («Y con Young silenciosos nos entremos / en blanda paz por estas soleadas»). En la oda 32 expresa en cuatro versos el estado de su alma agitada por el dolor y suavizada por la ternura: «¿Te admira de que llore, / de que mi blando pecho / brote en lluvia de lágri-

mas deshecho, / y al santo cielo tan ferviente implore?». En otras ocasiones, la naturaleza se compenetra con el autor; sirve como espejo de su estado de ánimo. La luna es una buena confesora; «Atendiéndome, pía, / la luna los gemidos lastimeros / que un mísero la luz siempre fue odiosa». La anacreónica le sirve, sin querer, para expresar todos los grados del sentimiento; desde el sensorial al espiritual. Meléndez, y esto tendrá un gran interés para la obra de Afonso, no sólo cultiva la anacreónica pura —la enseñada por Anacreonte y Villegas—, sino también la de Gessner, cuya ascendencia de Teócrito parece más inmediata que la del poeta de Teos. En el idilio, bien a la manera moderna o a la antigua, es donde el poeta deja escapar la válvula escondida de sus sentimientos. Su generosidad, su ternura, su respetuosidad, su alegría, su inocencia, su dulzura, aparecen reflejadas en las virtudes de sus pastores, que dejan de ser muñecos de cera contruidos con mayor o menor acierto, para convertirse en verdaderas figuras humanas, calurosas y llenas de sentimientos. «La alegría de la amistad, la triteza de la ausencia, el encanto de la vuelta, la preocupación por lo sucedido al amigo, todos estos sentimientos delicados y tiernos, todos estos lugares comunes de la sensibilidad banal son tratados con una dulzura exquisita, aunque un poco falsa, con una elegancia muy superior a la que existía entonces en el mismo género», dice Merimée del género anacreónico en la obra de Meléndez.³⁰

Es conocida la derivación que tiene en Valdés esta valoración del sentimiento; llegan a adquirir los sentidos un rango tal que, como ha demostrado Salinas, no es difícil descubrir en un obra composiciones de un realismo encubierto por la hojarasca de lo bucólico. Las pastoras, en ocasiones, puras esencias de feminidad, llegan a ser retratadas con una crudeza nada acorde con la delicadeza del género. Hay una voluptuosidad, como apunta muy bien Salinas, que flota muchas veces, de un modo imperceptible, sobre cada uno de los versos anacreónicos de Meléndez. La universalidad que tiene Anacreonte y lo anacreónico en el siglo de los pastores y pastoras juguetones no se circunscribe solamente a la

³⁰ P. MERIMÉE, *Meléndez Valdés*, «Bull. Hispanique», 1894.

poesía; el ambiente, toda la vida parece ser un sueño más de aquel gran imaginativo de Teos. Un «aroma sensual y festivo» se escapa de la poesía para difundirse por la alegría vital de los hombres de la época, amigos de lo fácil, lo agradable y lo sensitivo. En el siglo XIX, la persistencia de los anacreontistas prueba la huella dejada por los maestros del siglo anterior, tan amigos de la inconstancia y ligereza. El estudio del anacreontismo en el siglo XIX ayudará mucho a descubrir a los neoclásicos tardíos y a los románticos inseguros. Esta persistencia del neoclasicismo, tan evidente en las literaturas hispanoamericanas —en Venezuela dura, por ejemplo, hasta 1880—, es un hecho más que confirma aquella difícil separación de los dos siglos, en apariencia tan distantes, pero en el fondo tan complementados mutuamente.

Se suele decir que Meléndez es el primer romántico de nuestra literatura; mejor se le calificaría como el maestro de los románticos españoles. Afonso ayudará mucho a comprender el magisterio de este Gessner español.⁸¹

La relación del Doctoral con don Alberto Lista es menos concreta. Ocupado el sacerdote sevillano en difundir su saber, su vida es un magisterio en continua renovación; empezando por sus clases en Sevilla y terminando por la Academia de la calle de San Mateo, don Alberto Lista es un predestinado a educar y formar inquietudes literarias; como Afonso. Por último, los libros más familiares al poeta sevillano no difieren mucho de los del Doctoral: Pope, Horacio y Virgilio parecen ser preferencias comunes. El haber encontrado, entre los manuscritos de Afonso, una traducción de Colardeau hecha por Lista; la adaptación escénica de dicha obra a cargo del Doctoral y otros amigos son notas que no pueden pasar desapercibidas. La equidistancia que Lista guarda con lo francés y lo inglés es un justo medio familiar al Doctoral. Uno de los discípulos de Afonso, don Emiliano Martínez Escobar, está influido de una manera mediata por Lista; un dato nada despreciable. El papel que uno y otro desempeñan en la introducción de

⁸¹ Sin duda, fue Pedro Salinas el primer crítico que fijó con absoluta claridad la distinción entre los dos Meléndez, en realidad uno solo: el poeta del sentimiento.

las doctrinas románticas es sintomático. Don Alberto explica sus lecciones de literatura española en el Ateneo, con pocos años de diferencia de la traducción de Pope por Afonso, en cuyas páginas el Doctoral esboza ya la nueva preceptiva romántica.⁸²

La huella dejada por Mélenéz en la obra de nuestros románticos los une todavía con el mundo del siglo XVIII. La formación clásica de una gran mayoría de ellos —la cátedra universitaria, en Martínez de la Rosa; los estudios de Espronceda con Lista; el Seminario de Nobles, en don Ángel de Saavedra— complementa esta vinculación con el neoclasicismo, cuyas reminiscencias se seguirán sintiendo en el siglo XIX. De la Rosa escribiría su primer libro de versos con aire bucólico; Bussagol ha valorado la faceta anacreóntica del Duque de Rivas, cuyo romanticismo no es tan completo como se ha querido ver; el mismo Larra, según ha señalado Lomba, no se olvida fácilmente de sus años estudiantiles. La explosión romántica se convierte en fuego oscilante; el nacimiento es tardío y el crecimiento lento. Las *Poéticas* de Luzán, Martínez de la Rosa y Hermosilla podrían indicar tres momentos de la preceptiva de los dos siglos. Un resumen, valorado ya por la sagacidad de don Marcelino, es la traducción del *Arte poética* de Horacio hecha por Afonso. Tanto en la traducción horaciana como en la de Pope —*Ensayo sobre la Crítica*— justifica sus ideas preceptistas el Doctoral; en ella se aprecia la complejidad de su obra: nacida con Meléndez y acabada con Byron.⁸³

La inundación de Anacreonte en la literatura española del siglo XIX es un fenómeno aún sin estudiar. Rubió y González Palencia —éste casi repitiendo a aquél— han adelantado algo, pero no lo suficiente.⁸⁴ Conocer la polémica anacreóntica en el siglo

⁸² Aunque no hemos encontrado correspondencia directa entre Afonso y Lista, no dudamos que debió haber habido; pues, sin duda, debieron ser conocidos, aunque no sea sino por la amistad común con José Martínez de Escobar. Siendo los dos escritores de la misma edad —ambos nacidos en 1773—, respondían los dos a una misma técnica y a una misma escuela literaria.

⁸³ Haber traducido a Horacio en 1850 —en realidad, dentro de la segunda mitad del siglo— es dar fe de una formación clásica y de un espíritu preceptivo propios del siglo anterior.

⁸⁴ A. RUBÍO Y LLUCH, *Anacreonte y los anacreontistas*, Barcelona, 1879; ÁNGEL G. PALENCIA-MOLE, *Un tema de Teócrito . . .* «Rev. de la Academia Española», 1949.

XIX es esencial para delimitar las orientaciones estéticas de cada poeta. Larra apreció en las odas de Martínez de la Rosa un aire bucólico desusado; como en los idilios de Saavedra, encontró ya conceptos de la bucólica gessneriana. Tieghiem, al estudiar el tema de Gessner en Europa, no se preocupa mucho del fenómeno en España. Sería curioso observar que, en algunos poetas, coinciden las dos tendencias: la anacreóntica pura —resultado de la educación clásica— y la gessneriana —consecuencia de los ideales prerrománticos—. Dentro de la obra de Afonso, especialmente en su primer libro —*El beso de Abibina*—, no es difícil encontrar las dos variantes del género. Al igual que su maestro Meléndez, la obra bucólica de don Graciliano está teñida de un doble sentimiento: el festivo o sensual y el natural o sentimental. No es fácil, en muchas ocasiones, separar con exactitud estas dos corrientes muchas veces confundidas. Rubió, hasta ahora el recopilador más completo del material anacreóntico español, ha indicado la trayectoria que ha tenido el poeta griego dentro de la literatura española. Aunque son Villegas, Quevedo y Meléndez los introductores, no deja de señalar la importancia que tiene los *Basia* de Juan Segundo, seguramente a través de Colardeau, el cual no solamente influyó en Góngora, como ha indicado Sforza. No son éstos dos autores ajenos a la lira de Afonso; uno de ellos, el flamenco, inspiró la composición dedicada a Abibina, mientras que el otro, el italiano, le serviría para la composición de muchos idilios algo italianizados. La influencia que estos dos eróticos han tenido en los anacreónticos españoles prerrománticos no ha sido estimada debidamente, o, lo que es peor, ha pasado desapercibida. Al analizar el anacreontismo de Afonso se indicará la importancia que los *Besos* tuvieron para el sensualismo de muchos poetas españoles; Meléndez Valdés, cuyo aspecto sensual propasa muchas veces los límites de la ficción poética, debe mucho al poeta flamenco, como ya apuntaron sagazmente Foulché y Merimée.⁸⁵

El camino que recorre el romanticismo desde los llorosos

⁸⁵ FOULCHÉ-DELBOSC, *Los besos de amor*... «Revue Hispanique», 1894, 166-195; P. MERIMÉE, *Études sur la littérature espagnole*... Meléndez Valdés, «Revue Hispanique», 1894, I, 217-235.

pastores gessnerianos hasta los lúgubres lamentos del suicida podría seguirse por el lagrimeo de cada poeta. Una filosofía —el deísmo— incitaba a estos ruidosos sentimentales con textos de Pope, de Bolingbroke, de Shaftesbury, defensores de la religión natural. Los escritores españoles, necesitados de esta nueva orientación filosófica, satisfacían sus aspiraciones gracias a los traductores o a los intérpretes franceses, y son muy raros los poetas capaces de leer los textos en su lengua original. Graciliano Afonso, traductor de Pope y de Burke, no necesitó de textos franceses para fortalecer su sentimentalismo; los mismos maestros ingleses fueron sus inspiradores. El naturalismo o el primitivismo religioso que hay en su obra debe achacarse de un modo especial a los deístas ingleses, y a sus primeras lecturas del Seminario, cuando Holbach y Condillac se escondían fácilmente en las habitaciones de los seminaristas.⁸⁶

Pero es el anacreontismo, en sus dos ramas, la nota esencial, fundamental, dentro del poeta. Constantemente lleva de la mano don Graciliano al maestro griego, con su alegría, su despreocupación y aun con su sana filosofía del humor.

“Clasicismo” y romanticismo

Graciliano Afonso, ante todo un prerromántico, participará de esta avasalladora influencia que ejerce el espíritu de Anacreonte en la poesía española del 1800; una influencia que se prolonga hasta años muy recientes, cuando Rubén y Valéry vuelven a inspirarse en patrones griegos.⁸⁷ De un lado, lo anacreóntico puro, recogido en sus mismas fuentes clásicas; del otro, lo sentimental, lo verdaderamente romántico, o, al menos, lo que sería punto de partida para los maestros del romanticismo. La anacreóntica, una composición breve intencionadamente amorosa, sufre una transformación

⁸⁶ Cf. Cap. I, de esta monografía.

⁸⁷ Cf. P. SALINAS, *La poesía de Rubén Darío*, Buenos Aires, 1948, págs. 59 y sigs.

en su contenido. De la composición griega a la rubeniana va un abismo, que lo llenan esos cientos y cientos de poetas anacreónticos, algunos con un anacreontismo muy particular. La ligereza, la gracia, el aire juguetón, la banalidad, la sensualidad encubierta se mezclan con el tono social, satírico, descriptivo y circunstancial que invade al género poético. La simultaneidad de las dos tendencias en un mismo poeta es prueba inequívoca de un romanticismo incipiente, cada vez más vigoroso, que acabará por imponerse con los años.⁸⁸ No fue el anacreontismo la única fuente del romanticismo; pero no se ha valorado lo suficiente la inclinación anacreóntica de casi todos los iniciadores de la nueva escuela. A Meléndez, por ejemplo, se le recuerda casi siempre con un caramillo bucólico por los prados salmantinos, pero hasta fecha muy reciente no se ha precisado bien qué tonalidades tenía la música del autor. Conviene ver y conocer a los caminantes que le acompañaron en esta peregrinación por la ruta nueva del anacreontismo.

Dos autores de la época, Quintana y Ribot, sirven para aclarar muchos conceptos poéticos. El uno es de los primeros años del 1800, un prerromántico; el otro está más cerca de 1850, un romántico de tono medio.

Una edición de poesías de don Toribio Núñez, traductor de Bentham, está prologada por Quintana. Obsérvese cómo interpreta la poesía de Núñez: «ellos fueron [los poetas] los primeros maestros de los hombres: y el talento divino de pintar en verso no debió emplearse jamás sino en dar atractivos a la verdad y exaltar los ánimos al bien y a la virtud». No es otra teoría sino la del lenguaje pódico tan de moda en el siglo XVIII; y nótese cuál es la finalidad de la poesía: adornar «a la verdad» y «exaltar los ánimos al bien y a la virtud». El preceptista ha hablado teniendo a Horacio en la mano. Pero el poeta concede excepciones; toda la poesía no iba a ser, como la concebía Aristóteles, moralizadora o didáctica. La gracia, la ligereza, lo festivo, lo amoroso debían expresarse de alguna manera. Así concibió Anacreonte su poesía, aunque, para la rigidez de Quintana, se excediese muchas veces en estas

⁸⁸ Cf. Prólogo de Salinas, ya citado, al volumen de Meléndez Valdés de «Clásicos Castellanos La Lectura»; P. V. TIRGHEM, *Le Prérromantisme*...

concesiones poéticas. «Muchos —continúa—, vistiendo a las Musas de Bacantes, las ocuparon en escandalizar la modestia y las costumbres... a excepción de algunos pocos versos destinados a pintar los sentimientos tiernos que ocupan la juventud; no creo que los demás que van en este libro sean ajenos a la gravedad más austera». Quintana, también cultivador del género anacreóntico, pretendía poner coto a estos extremismos, que tenían su origen en los versos griegos. Voluntariamente o no, Quintana, al buscar esta limitación, estaba dando entrada a la futura oda filosófica, inspirada precisamente en la primitiva anacreóntica.³⁹ Como diría treinta años después Ribot, «el poeta no es más que el órgano de la naturaleza, descubre los efectos tales como son en sí»; «Meléndez —dice más adelante— no es ya un poeta, es un pastor que acompaña al ganado, que conoce las preferencias de los pastos, la astucia del lobo y el instinto de los mastines... es el hombre de la naturaleza, él la ha estudiado al pie de una cabaña, entre el susurro de las ojas [*sic*] y el murmullo de las aguas... él ha aprendido a describirlas». Esta calurosa demostración de débito hacia el poeta del Tormes no sería única ni excepcional, pues la veremos repetida en más de un romántico. El silencio a que se vio reducido su nombre a causa del afrancesamiento se transformó en reivindicación después de su muerte; Meléndez se llegó a convertir en un lema para la generación de 1830.⁴⁰ Cotéjese el juicio anterior con el siguiente del propio Quintana, que no solamente habla del bucólico Meléndez, sino que hace historia del género literario. Sin duda es uno de los textos más estimables que en la crítica prerromántica podemos encontrar de la doble orientación bucólica de sus poetas. «Desde ellos [Graciliano, el Romancero, Francisco de la Torre] es preciso dar un gran salto hasta Meléndez, que en una gran parte de sus poesías ha dado ejemplares exquisitos en

³⁹ BENTHAM, *Ciencia Social según los principios de* —————, por el Dr. don Toribio Núñez, bibliotecario de la Universidad de Salamanca, 1802. Véase Prólogo.

⁴⁰ Puede decirse que casi todos los poetas del romanticismo — desde Rivas a Espronceda — comenzaron haciendo anacreónticas, aunque terminaron ridiculizándolas, como le ocurría a Larra, también anacreotizante en su juventud.

este ramo, y cuyo *Batilo* es tal vez la Égloga mejor que puede la Europa moderna oponer a la antigüedad». La aparición del bucolismo gessneriano está descrita con una rara precisión: «Un poeta suizo vino o confirmar las sospechas del crítico inglés [Blair], y a confundir la decisión de los demás, y tres volúmenes de poesías pastorales leídos deliciosamente en toda Europa manifestaron que nada se niega a los esfuerzos del genio y que la égloga podía rejuvenecerse y tomar nueva vida». Las líneas siguientes, dedicadas a explicar el contenido de esta nueva poesía, son las más enjundiosas: «Es preciso contemplar la rara fecundidad que ha sabido idear una muchedumbre tan varia de escenas campestres, el gusto delicado y conocimiento profundo con que separando del corazón humano todos los sentimientos venenosos, y dando lugar solamente a los dulces y pacíficos, ha puesto en movimiento y en acción todos los afectos de familia, los de padres a hijos... de hermano a hermano, de amigo a amigo;... gracia y realce en el respeto debido a la ancianidad, en la veneración a los sepulcros donde reposan los mayores, por último, en el amor mismo, eterno objeto de los poetas campestres, manejado por él, y presentado por todos los atractivos del pudor, y con todas las gracias de la inocencia». Ya no tiene el género intranscendencia y jugueteo propios del poeta griego; existe ya un sentimiento de amistad, un afecto caluroso y aun una cierta trascendencia filosófica —«veneración a los sepulcros donde reposan los mayores»—, que no había en los idilios de Anacreonte. La concisión y precisión del texto hacen de él una de las primeras y más acertadas síntesis de los ideales prerrománticos españoles.⁴¹

Quintana, sin embargo, no se entregó fácilmente a la nueva escuela; ni la admitió sin reservas. De Cadalso admite únicamente el aspecto no romántico del poeta; la filosofía, la tenebrosidad, el sentimiento lúgubre de las *Noches* no son totalmente comprendidos por el director de *Las Variedades*... Young, que poco a poco iba entrando en nuestra poesía, no satisfacía el gusto de Quintana, al menos totalmente. «Young, modelo de nuestro autor

⁴¹ Véase la nota 42.

en esta parte —decía Quintana de Cadalso—, aunque cansado, trivial y fastidioso a veces, es frecuentemente magnífico y sublime: él se vale del dolor, del terror, y de las lágrimas para despertar el espíritu y llevarle a la contemplación de la eternidad, del tiempo, de la creación y de la naturaleza». Reprochaba más la imitación que el original. «Es fácil conocer que en unos diálogos en prosa con un sepulturero, acompañados de hedor, de gusanos y de horrores, sembrando de quando en quando reflexiones secas sobre la triste suerte de la humanidad, ni son poesía, ni imitación de Young, ni obra que pueda excitar interés por el dolor del amante, y suerte malograda de la dama». El anacreontismo de Cadalso era el mejor elogio que se podía hacer de toda su obra. «Desde Villegas, a pesar de su mal gusto y afectación pedantesca... dio en sus cantinelas muchas muestras de la gracia y soltura anacreóntica, nadie supo manejar esta clase de poesía y de versificación hasta el tiempo de Cadalso». Nunca se había podido decir menos en más como elogio de un autor.⁴²

El prerromanticismo de don Manuel Quintana parece venirle más por el camino gessneriano que por la tenebrosidad de Young. La proximidad anacreóntica quizá haya facilitado más su comprensión. Los excesos de sentimiento notados en la obra del poeta inglés, el realismo y la repugnancia de sus descripciones no caían dentro del canon riguroso exigido por el preceptista. No negaba la expresión del sentimiento (su juicio sobre Gessner es inequívoco); pero detestaba la exageración en todas sus manifestaciones: de ahí que admitiese la serenidad del poeta suizo y no comprendiese el apasionamiento del autor inglés. Estaba más en consonancia con su sensibilidad el «carácter ameno, campestre y pastoril de su talento (Gessner)». Don Manuel no llegará a comprender, al menos en estos años, la sensación producida por la naturaleza libre —«las selvas espaciosas, los precipicios horribles y destructores torrentes»—; le agradaba más la amenidad y la dulzura de una naturaleza pequeña y delicada —«amenos pensiles... flores olorosas y bosquecillos risueños y graciosos»—, y no seguramente por la apariencia de realidad, sino por la mansedumbre que tenía. Téngase en

⁴² Véase *Varietades de Ciencias, Letras y Artes*, 1807.

cuenta que Quintana manifestaba esta parcial intransigencia en los primeros años del 1800; era un criterio lógico al comienzo de siglo, pues el romanticismo no se había de manifestar plenamente hasta muchos años después. La evolución del fenómeno literario puede seguirse perfectamente por la pérdida sucesiva de Anacreonte, aunque esta pérdida no fuese tan total como se podría pensar, según se deducirá de los textos siguientes. Y no precisamente de autores demasiado partidistas. Cotejarlos con Quintana es tener los dos extremos de un movimiento iniciado en el siglo XVIII, proseguido en el siglo XIX y no olvidado del todo por los componentes de la nueva escuela.⁴³

«Entre todos los buenos poetas de aquel tiempo descuella... don Juan Meléndez Valdés no sólo por lo mucho que le debe la poesía, sino por haber contribuido más que ningún otro a propagar en la juventud la afición a este arte: discípulos suyos fueron los dos poetas que luego han sobresalido más en la tragedia... Quintana y Cienfuegos... después de ellos apenas habrá alguno que no se haya formado en su escuela...».⁴⁴ Esto lo escribía don Francisco Martínez de la Rosa en Londres, cuando editó en 1838 sus obras; razón tenía, pues sus poesías tenían mucho de las anacreónticas de Meléndez. Mucho le debía de la Rosa al cantor del Tornes, y no lo olvidaba con facilidad. Sin embargo, no todo iba a ser elogio para el bucolismo y el valdesianismo; los defensores de las nuevas doctrinas iban a impugnar las ya anticuadas preceptivas. «Pasó ya el siglo en que era lícito a un poeta escribir 8.000 versos para pintar una felicidad pastoril... de la cual... no podía recoger el lector más que algunas hojas ahogadas en un farrago inmenso de versos...» Se publicaba esta crítica periodística en 1837, precisamente en el «No me olvides», uno de los órganos del romanticismo, descrito en sus líneas generales en el primer número de la publicación. «Los caballeros y damas, los trovadores y peregrinos, las dueñas y los donceles, han reemplazado a los *pastorcillos* y *pastorcillas* que tocaban la dulce zampona y corrían... tras de las volubles mariposas de *nacaradas alitas*. Y se habla de estos

⁴³ Véase la nota anterior.

⁴⁴ F. MARTÍNEZ DE LA ROSA, *Poesías*, I, 1838. Prólogo.

[pastores], se pintan cubiertos de harapos y durmiendo a pierna suelta . . . no tan afortunados como la Arcadia, si fue tal como la pintan los de la escuela llamada clásica». ⁴⁵ Hubo criterios ambivalentes, como el de Gil y Carrasco, no muy inclinado al nuevo doctrinario, o, al menos sin olvidar en absoluto los valores anteriores del neoclasicismo. «Aceptamos del clasicismo el criterio de la lógica . . . la lógica del sentimiento . . . y del romanticismo el vuelo de la inspiración . . . la llama y el calor de las pasiones», decía el crítico del «Semanao Pintoresco Español», en el número del 5 de marzo de 1839.

Será esta actitud, no claramente definida, la que persistía en muchos escritores contemporáneos de Afonso, participe también de esta indecisión. En unos se manifestó de un modo más patente que en otros, pero en la mayoría, aun en los vanguardistas, había una tara neoclásica de difícil renovación. Declararse abiertamente romántico no era normal en aquellos años; nuestro prerromanticismo se prolonga más allá de 1830, y hay una lucha, cada vez más abierta, entre los *viejos* y los *nuevos* —clásicos y románticos—, lucha que se manifiesta en la calle, en el teatro, en todas las manifestaciones de la vida pública. En el siglo XVIII el apoyo oficial hizo mucho para aceptar las normas francesas; una situación bastante similar a la pugna existente en la primera mitad del siglo XIX entre las dos escuelas literarias. Es casi imposible hallar mayor pasión y vehemencia en críticos, autores o lectores conocidos hoy gracias a los periódicos de la época. La dialéctica, la agudeza, la precisión de un Fígaro, de «El Solitario» o, ya más tarde, de Clarín, tal vez las encontremos, todavía muy desdibujadas, en este apasionante mundo de controversistas que inunda la prensa del 1800. Escogeremos dos opiniones, cada una altamente significativa: por las fechas (1837 y 1839) y los autores, Quiroga y Lista.

«Si en nuestra creencia —dice Quiroga— es el romanticismo un manantial de consuelo y pureza, el germen de las virtudes sociales, el paño de las lágrimas que vierte el inocente, el perdón de las culpas, el lazo que debe unir a todos los seres, ¿cómo resistir a ser los predicadores de tan sana doctrina?». El romanticismo

⁴⁵ Véase la nota 44.

social y el literario queda definido en cada uno de los periodos de la apódosis propuesta por Salas; el carácter redentorista y religioso, del que tanto abusaron sus cultivadores, se antepone como nota primordial de la escuela. El apostalado del romanticismo es quizá su virtud principal. No era meramente una renovación literaria; implicaba una revolución social. Se diría que de esta última había nacido la primera. Don Alberto Lista, por el contrario, casi parece rebatir las anteriores afirmaciones. Los excesos del romanticismo, manifestados en todos los aspectos, el social, el literario y el religioso, causaban la diatriba de don Alberto, ecuaníme en su vida y en su obra. «Nada más opuesto al espíritu —son sus palabras—, a los sentimientos y a las costumbres de una sociedad monárquica y cristiana, que lo que ahora se llama romanticismo...» Y, más adelante, pregunta: «¿Compararemos con los horrores que se presentan en estas composiciones infernales nuestros sentimientos dulces, nuestra civilización inteligente, nuestras pasiones *atenuadas*...?» Aquel hombre, descrito por D'Alambert, «ser sensible y racional», parece revivir en la descripción anterior. La dulzura de los sentimientos —unos sentimientos limitados—, la inteligencia —fundada en la razón—, la religión —«norma moral de la monarquía»—, la filantropía —un débito con el siglo XVIII—, las «atenuadas» pasiones —nunca desatadas— dicen claramente cuál fue la ética y la estética de este clérigo, maestro de más de una generación de románticos.⁴⁶

No era fácil establecer concordia entre los dos bandos. Parecían decididos a no ceder ninguno. Si los unos ponderaban las reglas, los otros las vituperaban; si éstos preferían la naturaleza apacible, aquéllos, la salvaje; si la razón predominaba en los tradicionalistas, la imaginación, en los revolucionarios; frente a las delicadas sensaciones de los «clasicistas», las fuertes y primitivas de los románticos. Parecía existir un abismo, y, sin embargo, quizá inconscientemente, quizá por necesidad, eran deudos mutuos en muchas cosas. Ni el clásico fue nunca tan clásico, ni lo fue

⁴⁶ Es curioso cotejar las opiniones de dos figuras, contemporáneas, cada una con un criterio distinto de la escuela. Criterio, como ha probado Juretscken, más superficial que real por lo que atañía a Lista.

tampoco el romántico. Se presentía el romanticismo por muchas esquinas del clasicismo y se adivinaba a éste por muchos resquicios de las entretelas románticas. La peluca y la larga melena parecían complementarse. Hablar de un clasicismo romántico y de un romanticismo clásico no es hacer paradoja, sino comprender muchas interrogaciones. Ha comenzado, de pocos años atrás, una crítica, cada vez más segura, que ha ido encontrando ideas comunes a los hombres del 1700 y 1800. Ideas que, como se ha visto muy bien, han caminado en los dos sentidos. Unas veces, furtivamente vanguardistas, y otras, aparentemente retrógradas; el doble juego causante de tantas explicaciones inseguras. No afirmaremos que el neoclasicismo es romanticismo atenuado y que el romántico es un clásico exaltado; la exaltación y la ponderación, la razón y la imaginación son conceptos demasiado relativos en literatura para darles la amplitud que hasta ahora han tenido. Apreciarlos en su justa medida es acercarse bastante a la realidad del problema.

También hubo preceptistas después de 1830, aunque parezca una contradicción. Antonio Ribot edita una preceptiva poética en 1831. Horacio le ayudó mucho, aunque él quiera silenciar esta ayuda. Disimula, taimadamente, sus lecturas clásicas, pero se le escapan sin querer. «La Mitología —dice— insulta a la Naturaleza... atestar las poesías de deidades es prueba positiva de la mezquindad de un ingenio...» Y añade: «Los que creen que el poeta nace, sin necesitar para serlo del auxilio del arte, deben al menos concederme que necesita la lectura de obras modernas para ponerse al nivel de los conocimientos dominantes». Y, para demostrar prácticamente su teoría, escoge un ejemplo, precisamente Meléndez. «Recorramos las preciosas églogas de Meléndez —recomienda—; Meléndez no es ya un poeta, es un pastor que acompaña al ganado, que conoce la preferencia de los pastos, es el hombre de la naturaleza, él la ha estudiado, él ha aprendido a describirla». Obsérvese la significación que tiene la égloga para un poeta romántico; es el primer contacto con la naturaleza interpretada por el poeta. Es posible que piense más en el Meléndez gessneriano que en el anacreóntico; siempre es significativo que se acuerde del poeta suizo para interpretar el paisaje de la natura-

leza. Otros versos hay que aclaran mucho más la postura del crítico. Ya no es sólo Meléndez, sino Anacreonte.

*También a veces en pulsar se goza
de Anacreonte la citara festiva.
Brinda una vez, vuelve a brindar, y luego
con frases, ni rastreras, ni pomposas,
en medio del festín y la algazara
exhala la alegría en que rebosa.*

La canción báquica, tan del gusto de los románticos, nace precisamente del festivo «anacreón». Quizá sea una de las herencias más aprovechadas del siglo XIX. Recuérdese a Cienfuegos y a Espronceda. Entre las letrillas de don Nicasio y las de don José media un abismo de sensibilidad; la del tradicionalista y la del revolucionario. El brindis de Espronceda es retórico y musical; más parece compuesto para ser cantado que recitado.⁴⁷

Pero los consejos del preceptista van más lejos. No se conforma únicamente con recomendar la anacreóntica báquica. Toda la amplitud de sus temas —lo festivo, lo gracioso, lo banal— parece tener entrada en los versos de Ribot. Las gracias femeninas, predominantes en las composiciones pastoriles, se presienten en la imaginación del autor.

*Dulces como la miel sean los tonos
que escapen placenteros de tu lira.
Danzas graciosas, cánticos amenos
imita con los términos de almíbar
que a la paloma cándida de Filis
al sensible Meléndez dirigía.*

En realidad, esta predisposición de Ribot por lo anacreóntico y lo valdesiano no era nada pasajero ni excepcional. Los temas que llevó Meléndez a sus anacreónticas son los mismos que había traído el viejo poeta de Teos; habían sido preceptivos en el siglo

⁴⁷ A. RIBOT, Barcelona, 1835.

anterior, pero se habían olvidado. Parecía sonar a destiempo aquella exaltación de los anacreónticos en 1831; este aparente anacronismo es quizá su mejor elogio.

*Celebrad los amores de Batilo,
y el plácido murmullo de las ondas,
sencillos cual las vírgenes agrestes
que se lavan en ellas juguetonas.
El placer, la inocencia de una aldeana,
su sonrisa de amor, su encantadora
voz . . .*

Es el amor pastoril, como lo podía haber concebido Meléndez, en su mayor exaltación bucólica. No le falta ningún complemento; el baño, un tema tan del agrado del género pastoril, especialmente del pastoril primitivo y puro, no falta en esta descripción sucesiva de imágenes anacreónticas. Pero la anacreóntica, concebida en la misión báquica, aparece con notas bien acusadas. Este último concepto —el dionisiaco— es el predominante durante el romanticismo. Cienfuegos, Espronceda, Rivas recordarán este tono musical de la primitiva anacreóntica. Será moda improvisar en banquetes o reuniones pequeñas composiciones para ensalzar las delicias de la mesa o las virtudes del homenajeado. Diríase que este aspecto coral del género es el sedimento más inmovible de la poesía anacreóntica.

Ribot insistiría, a lo largo de su *Preceptiva*, en varios aspectos propios de la escuela primitiva, desechados o vituperados por los románticos renovadores. La libertad era la única guía del escritor; no más reglas, ni más preceptos, ni más trabas. Vuelen el numen, el genio, el instinto, la fantasía; éste era el criterio más corriente. Había, al parecer, posturas intermedias, moderadas y conservadoras. «El hombre nace a la instrucción dispuesto / pero no nace el hombre instruido» decía Ribot, y añadía en tono grandilocuente:

*Mucha lectura, continuado examen,
incesantes ensayos, los ejemplares*

*de los vates más célebres tomados
producen el buen gusto verdadero.*⁴⁸

No era fácil mantener este equilibrio, por no ser la ponderación elemento frecuente en los escritores contemporáneos. El mismo Ribot, que no podía eludir totalmente el ambiente, diría casi al final de su libro: «los ingenios más florecientes rompen las trabas que les sujetaban a la monotonía del clasicismo y su imaginación traspasa todas las reglas despóticas». «El drama moderno, irreconciliable con las tres unidades —continuaba—, parece desplegarse mejor imitando a Calderón que siguiendo las huellas de Moratín». No andaba muy acertado Ribot en este desprecio por el autor de *El sí de las niñas*, pues durante todo el siglo XIX fueron abundantísimas las representaciones que se hicieron de sus obras. Respondía esta abundancia —como es lógico— al gusto del público, «que sabía de memoria las comedias de Moratín», según apuntaba un crítico del «Boletín del Comercio» en 1833. Ni era tan despreciado, ni había caído en olvido el maestro del teatro en el siglo XVIII, ya que *Los celos infundados* de Martínez de la Rosa parecían tener ascendencia moratiniana, según el crítico del periódico anterior.⁴⁹ Se necesitaba todavía en el teatro del apoyo de las tres unidades, de la sencillez en la acción, del desenvolvimiento parsimonioso. En uno de los periódicos que podríamos llamar oficiales dentro del movimiento romántico, «No me olvides», se defendería —en 1837— la necesidad de las tres unidades dramáticas. Es el mismo periódico que llenaría sus páginas con biografías de Fray Luis de León, de Meléndez, de Moratín, de Luzán. Sin contar con los escritores dieciochescos, la persistencia del nombre de Fray Luis, autor fundamental para los poetas salmantinos, indica no haberse perdido totalmente la continuidad con la poesía anterior.⁵⁰

Entre las muchas cosas que debían olvidarse del mundo clá-

⁴⁸ A. RIBOT, *Preceptiva*, Barcelona, 1835.

⁴⁹ Cf. «Boletín de Comercio», 1835.

⁵⁰ «No me olvides» es uno de los periódicos en donde el romanticismo llegó a tener una acogida más favorable.

sico, la rigidez, la frialdad y la preceptiva del mundo griego debían ser las primeras. Sin embargo, el helenismo es una corriente que va inundando cada vez más a los escritores románticos; a Byron entre otros. Entrañaba esta helenofilia una exaltación de la anti-güedad —por sencilla y pura— y de la libertad; pero, en el fondo, había algo más. Se añoraba aquel poderoso juego de imaginación, propio de los maestros de la tragedia clásica, aunque muchos exaltados no quisieran admitirla. Se reconoció que los maestros griegos, sin forzar la escenografía o la trama, impresionaban y satisfacían las pasiones del público. La elegancia, la virtud, el poderoso juego de Antígona —un personaje auténticamente romántico— excluyen toda posible ruptura de esa armonía maravillosa que es la tragedia de Sófocles. Con mucha agudeza explicaba la «Revista Europea» en 1837 este misterio de la tragedia griega clásica: «Esquilo, Sófocles y Eurípides sabían aplicar poderosos lenitivos al principio catártico de Aristóteles». Los dramaturgos románticos, desechando esta finalidad moralizadora, convertían al teatro en el escenario de *espantosos crímenes* en un *sangriento drama*, único medio para lograr impresionar al espectador.

Don Graciliano, genuinamente aristotélico, adoptaría la postura similar en su traducción de Sófocles; el prólogo que acompaña a la traducción es un manifiesto nada desechable para conocer la preceptiva de un hombre de 1850 enfrentado con un clásico griego; allí se manifiesta claramente el peso, el poderoso peso que Aristóteles tenía aún dentro de los autores románticos. Un manifiesto que se redactó mas allá de mitad de siglo.⁵¹

(Continuará)

⁵¹ Díaz Plaja señala esta faceta —filohelénica— en la mayoría de los románticos (págs. 153-154 de la *Introducción* ...).